

MISA CRISMAL

Sevilla, Catedral, 18, VI, 2020



1. Comienzo mi homilía saludando fraternalmente al señor Vicario General y a los Vicarios Episcopales, a los miembros del Excmo. Cabildo, a los hermanos sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de la Vida Consagrada y laicos de la Archidiócesis, que en esta mañana habéis venido a la Catedral para participar en esta Eucaristía singular, singular por su significado especial y por la fecha en que la celebramos a consecuencia de la epidemia que tanto dolor ha causado a nuestro pueblo.

2. Saludo con especial afecto a los sacerdotes que hoy celebran sus bodas de oro, D. JOSÉ GARCÍA CARO, D. JOSÉ BLANCO GÁLVEZ, D. MANUEL MORENO OCAÑA, P. JOSÉ ANTONIO MORENO LAÍNEZ, M.I., P. GUILLERMO RODRÍGUEZ-IZQUIERDO GAVALA, SJ, y a los sacerdotes que celebran sus bodas de plata, D. ÁNGEL FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ, D. SANTIAGO OLIVERO PALOMEQUE, D. MANUEL TALAVERA SAN ROMÁN, D. IGNACIO GARCÍA GONZÁLEZ, D. JOSÉ MANUEL ROMERO ACOSTA, D. JOSÉ FRANCISCO GARCÍA GUTIÉRREZ, D. JOSÉ ANTONIO GARCÍA BENJUMEA, D. ÁNGEL CANCA ORTÍZ, D. RAFAEL MENÉNDEZ ALBUICET, D. EMILIO RUÍZ ORTEGA, D. FRANCISCO LUIS MUÑOZ VALERA, P. ANTONIO MARIANO MORAGA FRESNO, OM, P. JOSÉ LUIS MUÑOZ GÓMEZ, TC, P. ELÍAS PASCUAL EZQUERRA, CSSR, P. ÁNGEL RODRÍGUEZ IGLESIAS, CM, D. FEDERICO GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ DE MONDELO, D. JAVIER BAURA DE LA PEÑA, D. ROLANDO ARJONILLO BOQUIRÉN, los cuatro últimos de la Prelatura

Opus Dei, con el diácono permanente D. ANTONIO SÁNCHEZ MONROY. Todos en esta mañana nos unimos a vuestra acción de gracias por el don precioso del sacerdocio y por los muchos dones que a través vuestro el Señor ha concedido a las almas encomendadas a vuestro ministerio.

3. A los dos obispos nos alegra encontrarnos una vez más con vosotros, queridos hermanos sacerdotes, en nuestra catedral, en torno a este altar, bajo la mirada cercana de nuestra Señora. En vosotros está representada toda la Iglesia diocesana. La Misa crismal es la ceremonia más señalada de nuestro Presbiterio diocesano, la expresión más fuerte de la comunión fraterna y de la comunión con el Obispo.

4. Detrás de vosotros vemos a las comunidades parroquiales, a los movimientos apostólicos, asociaciones, hermandades, a todos los servicios de la Archidiócesis. Vemos también vuestro trabajo de todo el año, salpicado de gozos y sufrimientos. Mi primera palabra es para invitaros a dar gracias a Dios. La nuestra ha de ser una existencia hondamente agradecida al Padre de las misericordias por Jesucristo; por el Espíritu Santo, señor y dador de vida; por María; por la Iglesia, por la Iglesia diocesana, por los dones derramados en el pueblo de Dios; y sobre todo por la especial predilección que el Señor ha tenido con nosotros al regalarnos el don del sacerdocio.

5. En nuestra ofrenda, junto a la de Jesús, quiero poner hoy vuestra entrega diaria, los muchos gestos de

esfuerzo y generosidad, la alegría en el servicio, el mantener la mano en el arado, cuando la tierra es dura y el viento pega en la cara; cuando compañeros nuestros han creído que debían abandonar el tajo o que no hacían falta sus manos. Doy gracias a Dios por la disponibilidad que me habéis manifestado muchos de vosotros; por el Seminario, que lleváis en el corazón. Os agradezco que, un año más, hayáis venido con gozo para renovar vuestro compromiso.

6. En esta mañana os invito a renovar con alegría en el corazón vuestras promesas sacerdotales. Yo también me uno a vuestra voz y las repito con vosotros al tiempo que pido para todos y para mí el don de la fidelidad que es «amor que resiste al desgaste del tiempo». La lectura de Isaías y el evangelio de Lucas nos recuerdan a todos los bautizados nuestra condición de ungidos por el Espíritu y, por ello, consagrados en cuerpo y alma a Jesucristo, totalmente, definitivamente, es decir para toda la vida; y exclusivamente, es decir, con una entrega incompatible con cualquier otra dedicación, opción o compromiso.

7. Por el crisma que nos ungió en la ordenación sacerdotal, Jesucristo, por la acción de su Espíritu, nos hizo partícipes de manera efectiva de su condición de Sacerdote, de Profeta y Señor. Somos profetas como Él. Estamos llamados a anunciar con obras y palabras la persona, el mensaje, el proyecto renovador y salvador de Jesucristo. Somos sacerdotes en Él. En consecuencia, nuestra vida sacerdotal ha de ser, como la suya, una ofrenda de amor agradecido de toda nuestra existencia a Dios Padre y de amor servicial a los hermanos. Participamos del Señorío de

Jesucristo, que es Señor en forma de Siervo. Al aceptarlo como único Señor de nuestra vida nos liberamos de cualquier otro «señor» que quiera esclavizarnos y pasamos «de la servidumbre al servicio». Renunciar a ser señores de nuestra propia vida para ponerla al servicio del Pueblo santo de Dios está en contradicción con las aspiraciones individualistas de nuestro tiempo y a la legítima voluntad de realizarse. Ni el dinero, ni el bienestar, ni la aceptación social, ni el prestigio, ni siquiera la salud o la familia son para nosotros señores de nuestra vida. Somos libres para servir, como nos dice san Pablo.

8.. En esta mañana renovamos la promesa de vivir la castidad por el reino de los cielos en un ambiente erotizado que exalta y banaliza la noble sexualidad humana y que para muchos resulta un sinsentido y, que es una opción que solo es posible vivir por una especial gracia del Espíritu Santo. Vivir sobria y modestamente en esta civilización de la abundancia, que genera en parte la miseria del Tercer Mundo, es un gesto de amor solidario, difícil de mantener cuando el reclamo hedonista nos circunda.

9. Dedicar tiempo a orar por la comunidad, cuando tantos nos hablan de la infinita inutilidad de la oración, es una prueba de fe en el Señor y de amor a nuestros fieles. Amar a la Iglesia Universal y a sus pastores cuando los medios de comunicación llevan años castigándonos con noticias humillantes y cuando nuestras comunidades dan signos de anemia y decadencia, reclama de nosotros un suplemento de motivación que solo encontraremos en la oración fervorosa de cada mañana junto al sagrario.

10. En esta coyuntura desgraciada, en la que tantos sacerdotes habéis estado en primera línea orando por los muertos, confortando a sus familias, alentando a los enfermos, el texto de Isaías, que Jesús asume como programa al afirmar que «el Espíritu del Señor está sobre mí. Él me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres», nos compromete también a nosotros. Con el fin del confinamiento y la superación de la epidemia, que Dios quiera que esté próxima, no va a acabar el sufrimiento de nuestro pueblo que, a mi juicio, no ha hecho más que empezar con la economía tan seriamente afectada. En las últimas semanas ha crecido exponencialmente el número de pobres. Lo estáis viendo en vuestras parroquias.

11. Sé que no los olvidáis. El amor y el servicio a los pobres no admite excusas. Ellos son los predilectos de Jesús y deben ser también nuestros preferidos. El amor a los pobres no se concreta en las palabras vacías ni en las emociones momentáneas ante una desgracia o una catástrofe, sino en obras palpables y permanentes como la Caritas parroquial que debe ser una de nuestras instituciones más queridas y acompañadas. No cumplimos el mandamiento del amor con ayudas esporádicas que tranquilizan nuestra conciencia, pero que no nos llevan a un verdadero encuentro con los pobres que se convierte en estilo de vida.

12. Que la Santísima Virgen, madre por un título especial de los sacerdotes, no ayude a todos a encarnar gozosamente cada día estos ideales, para gloria de Dios y

bien espiritual de nuestro pueblo. Así sea.



+ Juan Jose Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla